

LA CAPACIDAD HUMANIZADORA DE LA CATEQUESIS

Salvatore Curriò¹

¿Cuál es la capacidad humanizadora de la catequesis? La cuestión, formulada aquí como interrogante catequético, concierne, en realidad, a toda la evangelización y al sentido mismo de la presencia de la Iglesia en nuestra sociedad. ¿Tiene hoy la evangelización una capacidad humanizadora? ¿En qué sentido? ¿Es capaz la Iglesia de crear signos de verdadera humanidad? La cuestión es complicada por el hecho de que vivimos una etapa cultural marcada por fuertes transformaciones de lo humano también por el peligro de su negación o de su deshumanización. La cuestión se plantea, en definitiva, sobre el sentido (o sobre la verdad o sobre la humanidad) de lo humano. ¿Cuándo lo humano es verdaderamente tal? También se plantea la pregunta sobre el sentido humano del evangelio, el que el evangelio promete y el que reclama al mismo tiempo para poner resonar en verdad. Nos situamos aquí en la perspectiva de la pastoral catequética, pero no podemos ignorar este horizonte de más alcance.

Yo no tengo una respuesta segura y completa a la cuestión. Sólo puedo indicar pistas de búsqueda, o más bien de actitudes. Voy a indicar tres: habitar en catequesis el imperativo que atraviesa lo humano; respirar la atmósfera que el evangelio necesita para poder resonar, fundamentar el diálogo catequético en

¹ Profesor en la Universidad Pontificia Urbaniana y en la Universidad Pontificia Salesiana de Roma, miembro del Consejo Directivo del Equipo europeo de Catequesis.

una antropología inspirada por la Revelación y a su altura. Los verbos empleados –habitar, respirar, fundamentar– nos llevan más allá de las dimensiones estrictamente catequéticas, es decir, los contenidos, el método, el lenguaje, la relación de la catequesis con la liturgia y con las demás dimensiones de la vida cristiana; en este plano ha habido una gran renovación, llevada a cabo, entre otras, en una perspectiva antropológica. Pero hoy se hace necesario una ampliación de la renovación catequética relacionada más directamente con lo que rodea la pastoral catequética, el aire que la atraviesa, el horizonte que le concierne. A este nivel planteo hoy una nueva cuestión antropológica o una cuestión sobre la capacidad humanizadora de la catequesis.

HABITAR EN CATEQUESIS. EL IMPERATIVO QUE ATRAVIESA LO HUMANO

Habitar en catequesis. El imperativo que atraviesa lo humano. En el surco de *Evangelii nuntiandi* hemos aprendido, en el contexto eclesial, a interpretar los retos de la contemporaneidad en la perspectiva de la «ruptura entre evangelio y cultura», el drama de nuestro tiempo². En términos positivos, se trata de actuar, en la evangelización y más expresamente en la pastoral catequética, en la perspectiva de sobrepasar esta fractura o esta distancia. Evangelizar, transmitir la fe, significa, en el fondo, confrontarse con los retos de la secularización y, positivamente, llevar a cabo una mediación entre la propuesta de la fe y la vida, entre el Evangelio y las experiencias de vida. Esto significa, más profundamente, permitir un encuentro con Cristo y su mensaje, percibido y experimentados como significativos para la vida. Ahora bien, esta mediación, que es, por supuesto, muy importante, tiene hoy lugar en un horizonte cultural que presenta otra problemática más radical que la de la secularización. Si se debe hablar en términos de drama, los dramas para todos (creyentes y no creyentes) se sitúan hoy en el corazón de lo humano y se presentan como dilemas: ¿lograremos salvar la tierra, nuestra casa común,

2 «La ruptura entre Evangelio y cultura es, sin duda, el drama de nuestra época como lo fue también en otras épocas. De ahí que hay que hacer todos los esfuerzos con vistas a una generosa evangelización de la cultura, o más exactamente, de las culturas. Estas deben ser regeneradas por el encuentro con la Buena Nueva» (Pablo VI, *Evangelii nuntiandi*, Exhortación Apostólica sobre la evangelización en el mundo moderno, 8 diciembre 1975, num. 20)

o acabaremos por destruirla? ¿Quién va a llevar ventaja en nuestra sociedad, el miedo o la esperanza, la cultura del encuentro o la cultura de los muros y de la indiferencia, la cultura de la exclusión del pobre o la cultura de ver las cosas desde el punto de vista del débil y desde el punto de vista de la periferia, para utilizar las palabras del papa Francisco? ¿Vamos a continuar viviendo a partir de la primacía del dios dinero o llegaremos a encontrar la primacía de la dignidad de cada persona y de las relaciones humanas? En cierto sentido, la cuestión del encuentro con la fe está subordinada (pero al mismo tiempo vinculada) a la cuestión de saber si lo humano aventajará a lo inhumano. Mantener vivo el dilema humano-inhumano habitando el lado humano del dilema: este es el primer desafío y el contexto en que se plantea hoy incluso la cuestión de la fe. Se cree o no se cree, se tiene interés o no se tiene por los recursos eclesiales en relación con el dilema de lo humano³. La fe tiene la posibilidad de liberar toda su fuerza humanizadora.

Pero ¿qué es lo humano? Hoy no se sabe. No se sabe si la esencia de lo humano está ya dada o si está, más bien, por construir, si se puede seguir hablando de esencia. No se sabe hasta qué punto es posible aplicar las tecnologías a las cosas humanas. No se sabe si se va hacia lo post-humano, ni qué será lo humano que hay que superar. Pero, más allá de este no-saber, se siente en el fondo que se está en medio de un dilema. Una llamada parece inscribirse en nuestro corazón, en nuestra piel, en nuestra sensibilidad. Estamos llamados a ser humanos, incluso sin saber bien qué es lo humano. Se trata de seguir siendo sensibles a la llamada más que a tener una visión clara de los contenidos de la misma llamada. La condición para reconocer la llamada es responder a ella. La respuesta precede a la comprensión, es la condición para continuar escuchando la llamada⁴. Acoger al extranjero más que rechazarlo, hacerse responsable del pobre más que explotarlo, ponerse del lado del marginado más que del tirano, reaccionar con un gesto de paz ante

3 Esto implica, para el creyente, la actitud de sentirse, antes que nada, vinculado a todos en una búsqueda de la humanidad común. Es la perspectiva propuesta por Claude DAGENS, Guy COCQ y Emmanuel FALQUÉ, *Dieu est Dieu. Quête de l'humanité commune*. Cerf, Paris, 2015. Es muy interesante que la perspectiva de la búsqueda de una humanidad común se entrelaza, en el mismo título del libro, con la exigencia de reconocer el primado de la acción divina.

4 Jean-Louis CHRÉTIEN puede decir: «Escuchar la llamada es estar ya respondiendo a ella» en *L'appel et la réponse*, Minuit Paris 1992, 32.

el que ofende rompiendo así la lógica de la venganza, será siempre humano, y lo contrario será inhumano. Al menos en un plano fundamental, donde se decide nuestra humanidad o nuestra inhumanidad. Ciertamente, es posible no acoger, es posible no hacerse responsable del otro, pero, en el fondo, habrá que justificarse, a veces recurriendo a la misma llamada. Resulta paradójico. Se piensa que no hay que acoger en un plano social, o que se debe racionalizar la acogida o que se debe acoger a alguien y rechazar a otro, pero se hace, o se debe hacer, reconociendo una llamada inscrita en lo humano. Esta llamada tiene la fuerza de un imperativo que se impone, más allá de todo disimulo.

La comunidad eclesial y, dentro de ella, la catequesis, debe habitar este imperativo, llenarlo de contenidos.

Tiene que situarse en el corazón de las problemáticas actuales compartiendo las alegrías y las esperanzas, las tristezas y las angustias de todos⁵. Y hace esto a partir del Evangelio y de su comunión con Cristo. El mismo Evangelio tiene necesidad de ser expresado y escuchado mientras que se habita el imperativo. Al habitarlo, es decir, dándole ya una respuesta, el Evangelio puede encontrar el sonido, puede resonar. Hoy el evangelio está falto de resonancia. Hay demasiada preocupación por relacionar el evangelio con lo humano⁶ y demasiado poca por decir el evangelio en aquellas condiciones humanas en las que puede resonar; estas condiciones se resumen en abrirse a la llamada incondicional, al imperativo⁷. Vivimos en este momento un fenómeno interesante: el papa Francisco nos abre al imperativo (cuando nos invita, por ejemplo, a la cultura del encuentro, a la acogida del pobre, a ver las cosas desde el punto de vista de la periferia, a salvaguardar nuestra casa común, etc), y, al mismo tiempo, devuelve frescura y fuerza al evangelio. Todo sucede en un mismo movimiento. No se trata de una síntesis entre fe y vida o de una correlación entre lo humano y lo divino. Se trata más bien de expresar el evangelio habitando el imperativo inscrito en lo humano o de habitar el imperativo dejándose inspirar y animar por el evangelio. Expresar habitando,

5 En el surco de GS 1.

6 Ver la catequesis antropológica o las diferentes formas de correlación en catequesis.

7 Remito a mi libro *Perché la Parola riprenda suono*. Consideraciones inactuales de catequética, prologado por André Fossion, sobre todo el capítulo sobre “Las condiciones humanas del acto de fe”

habitar dejándose inspirar, este es el desafío. Hay un peligro común en el evangelio y en el imperativo inscrito en lo humano: el de perder el horizonte primordial que es el de habitar y, por ello, el de la inspiración. Sin habitarlo y sin inspiración, el evangelio se convierte en una visión de la vida o en una gnosis y el imperativo viene a ser un principio o una ideología. El realidad, el evangelio y la verdad de lo humano (otro nombre para expresar el imperativo) han hecho ya alianza allí donde cada uno, en la sinceridad de su vida, tiene el valor de dejarse interpelar.

RESPIRAR LA ATMÓSFERA QUE EL EVANGELIO NECESITA PARA PODER RESONAR

La alianza entre decir el evangelio habitando el imperativo y habitar el imperativo dejándose inspirar por el evangelio se lleva a cabo a un nivel más originario y más radical que el de los contenidos catequéticos, los métodos y las organizaciones, y les sirve al mismo tiempo de contexto. Lo que está en juego es el nivel de calidad de los procesos y de las relaciones, de las actitudes de las personas y de su disponibilidad. Este nivel tiene que ver con el sentido y la sensibilidad más que con la inteligencia; se refiere al aire que se respira más que a las cosas que se hacen. Si una situación está del lado de lo verdaderamente humano, si Dios está actuando en ella, esto se siente y se respira por encima de todo, incluso sin saberlo y sin saberlo expresar. ¿Qué aire se respira en nuestras comunidades cristianas? ¿Qué es lo que se siente? Pero la cuestión no tiene que ver solamente con la comunidad eclesial. ¿Qué aire se respira en nuestra sociedad? ¿Qué aire se respira en los lugares de nuestra vida cotidiana? A este nivel, la Iglesia, y la catequesis con ella, vive los desafíos comunes; está en camino con todos. El gran desafío para todos es el de renovar la atmósfera, de producir y respirar aire puro. El mismo evangelio demanda el aire puro y este es el que, ante todo, hay que respirar. Esto se comprende mientras se respira. En catequesis se emplean muchas energías y atenciones para las cosas que se dicen y que se hacen, pero no se verifica la atmósfera que las acompaña. La atención a lo humano se queda en una atención antropológica, es decir, lógica. A lo más, se plantea la pregunta sobre la visión del hombre que se transmite, si está o no conforme con el evangelio. Pero la cuestión de lo humano y la cuestión de la resonancia del evangelio hoy preceden al nivel de la visión.

El papa Francisco, dirigiéndose a los representantes de la Iglesia italiana reunida en Florencia para reflexionar sobre un humanismo cristiano, ha desplazado la atención de la visión a las actitudes. Son nuestras actitudes, ante todo, las que expresan nuestro humanismo, o, mejor, nuestra humanidad. Son nuestras actitudes, ante todo, las que expresan si estamos vinculados con Cristo, si estamos inspirados por Él. El papa declara: «No quiero hacer aquí un esbozo abstracto de un nuevo humanismo, una cierta idea del hombre, sino presentar con sencillez algunos rasgos del humanismo cristiano, que es el de los “sentimientos de Cristo Jesús” (Flp 2,5)»⁸. A partir de la kénosis de Cristo, descrita en Flp 2,5ss⁹, el Papa sugiere tres actitudes: la «humildad», el «desinterés», la «bienaventuranza»¹⁰.

Se trata de actitudes o de sentimientos, no de elementos de una visión antropológica. Son actitudes que hay que renovar continuamente, nunca totalmente adquiridas, que nos ponen continuamente en camino, que pueden producir aire bueno, que pueden aprenderse verdaderamente solo en contacto con Cristo, que no nos aíslan sino que nos ponen en camino junto con todos. Ciertamente, la cuestión de lo humano es también una cuestión de visión. Pero sobre la visión, podemos y debemos trabajar hoy con todos, con la única condición de estar abiertos al imperativo y a la verdad de lo humano. La cuestión no es, en primer lugar, oponer una visión cristiana a cualquiera otra. La primera cuestión, para la Iglesia, es la de prolongar los sentimientos de Cristo Jesús y, para ello, testimoniar una apertura al imperativo de lo humano. La catequesis, sin renunciar a la visión, debería estar centrada en un intento de sintonización: hacer concordar nuestros sentimientos con los de Cristo. Los sentimientos-actitudes evocados no son débiles. Aunque puedan parecer menos definidos y menos consistentes en relación con los elementos de una visión, en realidad, tienen una mayor fuerza contestataria y profética. Expresan

8 Papa FRANCISCO, *Discurso al 5º Congreso de la Iglesia italiana*. Florencia, 10 de noviembre de 2015.

9 «Jesucristo, siendo de condición divina, no retuvo ávidamente el ser igual a Dios, al contrario, se despojó de sí mismo tomando la condición de esclavo, hecho semejante a los hombres. Y así, reconocido como hombre por su presencia, se humilló a sí mismo, hecho obediente hasta la muerte, y una muerte de cruz» (Flp 2, 5-8). El texto va precedido por la invitación de Pablo: «Tened entre vosotros los sentimientos propios de Cristo Jesús» (v. 5).

10 Papa FRANCISCO, *Discurso al 5º Congreso de la Iglesia italiana*, *ibid.*

una decisión entre dos posibilidades. La humildad es la contestación a la arrogancia y a la no aceptación de sí mismo, el desinterés es el distanciamiento del poder del dinero y del sentido de indiferencia que amenaza a la vida, la felicidad es la respuesta a la tristeza o a las pasiones tristes de nuestro tiempo¹¹. La contestación, el distanciamiento y la respuesta vienen del interior mismo de la vida. Los sentimientos-actitudes deben vivirse evidentemente en diferentes situaciones y quedan abiertos a interpretaciones diferentes, en un diálogo con los otros. El diálogo podría ser muy problemático, pero está fundamentado en el terreno de lo humano, de su imperativo, de su verdad; para esto es un diálogo con todos. Como cristiano, se está a la vez en el registro de la respuesta al imperativo y de la fidelidad (las actitudes) a Cristo. La verdadera alternativa se da entre la respuesta a la llamada y la no respuesta, entre estar inspirado por la presencia de Dios o estar replegado sobre uno mismo. Esta alternativa, misteriosa y paradójicamente, es transversal a creyentes y no creyentes. Se da en el corazón de cada uno. De nuevo, la problemática más decisiva parece ser no tanto la que se refiere a la polaridad de la creencia o de la no-creencia. Dicho de otro modo: el creyente y el no creyente se ven desafiados, tanto uno como otro, a entrar valientemente en el registro del imperativo y de la inspiración. Tanto para uno como para el otro, la vida no comienza por uno mismo. Para el uno y para el otro, la inmanencia, el repliegue sobre uno mismo es un pretexto, es una irresponsabilidad, es decir, una no-respuesta. Ambos viven, tanto uno como otro, en la frontera entre lo humano y lo inhumano.

FUNDAMENTAR EL DIÁLOGO CATEQUÉTICO INSPIRADO POR LA REVELACIÓN Y A SU ALTURA

Centrarse en el mandato, así como en las actitudes y la atmósfera, no significa que la atención al ser humano no tenga contenidos precisos o direcciones de ruta. La visión, la comprensión del ser humano en su verdad y de acuerdo

11 Son cada vez más numerosas las lecturas de la cultura actual que constatan el fondo de tristeza o de indiferencia o de vacío o de dificultad para estar con uno mismo, que caracterizan a nuestro tiempo. A título de ejemplo: Miguel BENASAYAG et Gérard SCHMIT, *Les passions tristes. Souffrance psychique et crise sociale*, con la colaboración de L. KOZŁOWSKI para la traducción en español, La Découverte, Paris 2006; Umberto GALIMBERTI, *L'ospite inquietante. Il nichilismo e i giovani*, Feltrinelli, Milano 2008; Vittorino ANDREOLI, *L'educazione (im) possibile*, Rizzoli, Milano 2014 ; Alain BADIOU, *La vraie vie. La vraie vie. Appel à la corruption de la jeunesse*, Fayard, Paris 2016.

con la Revelación, no debe subestimarse, incluso si no es lo primero, como hemos dicho. Es precisamente una cuestión de aprender a reflexionar sobre el hombre y sobre las cosas humanas, así como sobre Dios y sobre las cosas divinas. La catequesis normalmente está más atenta para relacionar la Revelación con lo humano que para decir las cosas (ya sea sobre el mensaje cristiano o las experiencias actuales de la vida). Aprender a decir de acuerdo con la Revelación: este es el desafío. El riesgo es hablar del hombre y también de la Revelación en un horizonte antropológico que no está a la medida de la Revelación. Este riesgo, en realidad, ciertamente no está muy lejos en la catequesis actual.

¿Cuáles son las principales características del ser humano que encontramos y en las que trabajamos en la catequesis? Por ejemplo, hacemos hincapié en la búsqueda (el significado de la vida, Dios, etc.), el proyecto de vida (que debe recibir la propuesta de la fe), la autenticidad y la libertad, la elección personal, una realización de la vida en una perspectiva relacional, abierta a los demás. Estas categorías, muy importantes, por supuesto, en general, dando como resultado, más o menos conscientemente, un horizonte filosófico o existencial personalista, deberían ser confrontadas más seriamente con las provocaciones bíblicas sobre lo humano. No es seguro que estén radicalmente inspirados por la Revelación, es decir, que sean según la Revelación. Más bien, se debe enfatizar que antes de ser un buscador, se busca al hombre; antes de elegir atarse a los demás, ya lo es; antes de hacer planes en su vida, recibe el regalo de sí mismo; antes de disfrutar de su libertad, responde una llamada. Es la experiencia de ser buscado por el amor lo que impulsa la búsqueda, no lo contrario. Es la reconciliación con el regalo que pasa por la vida lo que nos permite hacer planes y elegir. Es al responder a la llamado del otro que uno es uno mismo.

También se debe basar el trabajo catequético en una antropología del yo que escapa a la conciencia en lugar de una antropología de la autoconciencia (es decir, el yo). El yo precede a la autoconciencia (es decir, el yo). Una antropología del yo es también una antropología del otro, que precede al ego; es también una antropología del otro en mí mismo o la extrañeza de mí mismo en relación conmigo mismo; es una antropología del yo que no comienza consigo misma, que vive de otra iniciativa. En resumen, uno debe pasar de una antropología del yo a una antropología del aquí y ahora. No se

trata de oponer una antropología a otra desde el exterior. Se trata de ir desde el interior de la experiencia, y desde una perspectiva fenomenológica, a lo que es original o preoriginario (si lo originario se mantiene en la conciencia).

También se trata de elevarnos desde el horizonte de la visión, de la comprensión, de la inteligencia (del hombre y de Dios) hacia un horizonte anterior. Algo decisivo sucede en nuestra vida en términos de lo inconsciente, lo activo, lo corpóreo, la intencionalidad de la carne, que precede a la intencionalidad de la conciencia. Dios ya se unió a nosotros en este plano. Por esto, Él es más íntimo para nosotros que nosotros mismos. Él ya ha llegado al corazón y en la carne de todos. Sus huellas (rastros de creación y redención) ya están en nosotros. Vivimos en ellos o estamos habitados por ellos, incluso si tratamos de huir de ellos. Pero estamos huyendo porque nos estamos huyendo. Parece que la dinámica de auto-escape es característica de nuestro tiempo¹². Es muy importante que la catequesis no promueva este escape. Ella lo haría si hablara del Evangelio al dedicar las categorías antropológicas del yo a comenzar consigo mismo. Por el contrario, debe hablar del Evangelio ejerciendo, desde dentro del ser humano, una profecía sobre lo humano. Luego mostrará que la Revelación cristiana está del lado de lo humano, del llamado de lo humano, de este llamado que provoca desde dentro de la conciencia, la misma conciencia de lo humano.

Esta antropología, consistente con la primacía del mandato y la Revelación, siempre será abierta y conmovedora, y excederá el riesgo de quedar encerrado en una visión (riesgo sutil de ideología). Ella estará en diálogo con todos porque ella vive en el suelo de todos, el terreno de lo humano y el mandato que lo atraviesa. Pero ella puede vivir y reconocer el mandato, ejercitando constantemente el discernimiento de las cosas humanas a partir de cosas inhumanas, porque ella está, desde el principio, inspirada y enraizada en la Revelación. Esto ayudará a la catequesis a ejercer una profecía sobre lo humano y así desplegar toda su capacidad humanizadora. Por supuesto, la teología catequética tendrá que desempeñar su papel y deberá inaugurarse una nueva temporada antropológica. Es urgente trabajar hoy en una antropología que es la medida de la Revelación y para eso en la medida del significado o la verdad de lo humano.

12 David LE BRETON, *Disparaître de soi. Une tentation contemporaine*, éd. Métailié, Paris 2015

